



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 13083

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

JUEVES 6 DE JULIO DE 1905

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Loretta, rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 81.

¡Qué final!

Hace diez y seis meses—pasado mañana se cumplen—al estallar la guerra entre Rusia y Japón, sentimos lástima por éste; y al verlo dispuesto á luchar, exclamamos: ¡he ahí un pueblo que afronta un conflicto sin otra esperanza que salvar el honor.

Para la mayoría estaba desconocida la victoria de Rusia. Sus numerosos barcos de combate; sus múltiples ejércitos formados por millones de hombres; su numerosa artillería; su enorme magnitud y la fama de guerrera que alcanzara en cuantas ocasiones se batió, hicieron presumir que la campaña sería rapidísima: medio año á lo mas. Después de este tiempo adivinaba todo el mundo al Japon aplastado, perdido para siempre, y á Rusia soberana del Mar Amarillo, disfrutando no solo la posesión de la Manchuria, pretexto de la guerra, sino la del imperio coreano, motivo principal, aunque menos ostensible, de la lucha.

¿Como había de suceder otra cosa si de la comparación de los planos de una y otra nación se deducía que Rusia era la suma magnitud y el Japon la extrema pequeñez?

Sobre esas cosas, ya tan importantes, otra tenía Rusia á su favor: la simpatía de la raza blanca, pues ésta no podía admitir que unos hombres pequeños y amarillos que se alimentan con arroz, pudieran hacer frente á los cosas cuyas proezas eran legendarias.

Así se pensaba hace diez y seis meses y se hubiese tenido por locos á los que pensarán de distinta manera. No obstante los había; pero eran tan escasos que apenas osaban emitir su opinión. Uno de ellos, alardeando un día de japo-

nófilo, declaró que en España había dos solamente: otro y él. Hoy, si hablara de nuevo, tendría que decir que en todo el mundo no hay dos hombres que crean en el triunfo de Rusia.

¿Como ha sido eso? El pigmeo ha vencido al gigante. La extrema pequeñez ha dominado á la suma magnitud. Los terribles cosacos no han podido hacer frente á los hombres amarillos y aquellos soldados de Plewna que fueron un día la admiración del mundo, han ido cediendo el terreno desde el Yalú á Mukden, no pudiendo alcanzar una victoria.

¿Por qué arte se ha transformado todo? ¿Como ha pasado eso? El ocho de Febrero del año anterior parecía que iba á ser el principio del fin del Mikado y resulta al revés: fué el principio del fin de la autocracia, bajo cuyo paternal gobierno viue muriendo el pueblo ruso.

El ejército de éste se encuentra allá en Karbin casi estrangulado por Oyama. Las escuadras, una pereció en Port-Arthur, dos en el estrecho de Corea, la cuarta está indisciplinada hasta el punto de izar la bandera de la revolución y los buques que parecen leales hacen desconfiar de tal modo á sus jefes, que no hay ninguno de estos que se atreva á ordenar el ataque de los sublevados.

Qué diferencia entre lo que se proponía el gobierno del Czar hace diez y seis meses y lo que se ve obligado a sufrir. La paz debía firmarse en Tokio bajo la presión de los invasores. La escuadra nipona pasaría a poder de los rusos, y... en una palabra, jamás podría resurgir el Japon con energías para volver a las andadas.

Así pensaba y eso se proponía el gobierno del Czar; pero hay algo, ciencia según unos, suerte según otros, y ambas cosas, y una providencia, además, según nosotros, que ha encaminado los asun-

tos de la guerra por derroteros que sorprenden.

Perdida la campaña, sin que una vez siquiera le haya sonreído la victoria; sintiendo el trepidar de la revolución bajo sus pies; con la escuadra perdida, prisionera ó sublevada; viendo como se resisten los soldados á la concentración, el Czar de Rusia pide al Japon la paz; y al pensar en el caso á que la suerte lo ha traído, no le queda el consuelo de unir su sentimiento al de sus súbditos, pues mientras él se duele de su atroz desdicha, revolucionan aquellos el país.

¡Qué final!

EL PRISMA

¡Pedazo de cristal limpio y brillante! En tu seno traslucido se quiebra y se engrandece en dispersión gigante del sol activo la dorada hebra. ¡Silice misteriosa y transparente que truecas los fulgores del luzar ardiente en arcadas de luz multicolores, ¡eres solo un cristal donde volteas la ondulación titánica y fecunda del éter que flamea y el ancho espacio con un faego inauda? ¡O eres casualidad pobre y menguada, nacida en los abismos de la nada? ¡Mesquina inteligencia la del hombre! Nadie ¡oh prisma! te vio ni te dio nombre cuando el iris surgía de la gota levisima y luciente, de las líneas inquietas de la fuente, de los téneos crepúsculos del día. Nadie te adivinó en los desiguales matices de la bruma, ni en las leves esteras de la espuma, ni en las nieves perpetuas y eternas. Nadie supo explicar la causa ignota de tus puros reflejos, ni soñar que en la altura, allá á lo lejos pintaba un iris la pequeña gota! Nadie vio en las facetas del diamante ni en los fragmentos del alud gigante la corrección geométrica y sencilla que aclaraba un misterio y ocultaba la exoesia maravilla de la luz al romper su cautiverio. ¡Que era la refracción árduo problema y era la dispersión profundo arcano y el arco pelleromo, la diadema

del Rey de la Creación, del Soberano! Dirán que es soñadora fantasía orlar la idealidad y la Harmoufa con nimbos de dulcísimos colores; dirán que es ignorancia ver el soplo de Dios en la arrogancia y el dulce fulgor de los colores; mas juzgo, que si el rayo retractado en la hermosa inocencia del pecado era un problema obscuro, la Fe que eleva al iris, lo agiganta y en la frente de Dios su lumbré implanta transformando un error en germen puro de inspiración grandiosa...

ese error no es error, es otra cosa! ¡Inocencia bendita bendición de ideales que no porque una rosa esté marchita le niega floración á los rosales, ¡caudorosa tornaura que hasta en la noche obscura ve los reflejos de divina tea rigiendo al mundo con serenas leyes y no dice que es tósforo la idea ni transforma á los átomos en reyes! ¡Oh! ¡risma! Cuando el rayo dispersado se espacia en semicírculo inflamado en la tarde brumosa ó en la alegre mañana y desatas espléndida y galana tu gigante corona luminosa, es tal tu majestad y poderío, que cubres de esmeraldas y topacios los etéreos palacios con una sola gota de rocío! Y cuando el cielo azul brilla y se inflama con la divina llama de tus limpios colores, mi espíritu arrebatado se extasia y en alas de sublime fantasía se eleva hasta el amor de los amores. Y tornando á los tiempos sonrosados de aquella edad dichosa en que el mundo era luz esplendorosa y la vida conceptos irrisados, elevó el corazón, alzó la mente, me acuerdo con respeto de mi padre, y cual niño pequeño, dulcemente repito las plegarias de mi madre!

CERVANDO CAMUÑEZ.

Cádiz, Junio 1905.

TIJERETAZOS

Desde Ponapé (Islas Carolinas) escriben á «La Correspondencia» una carta, dándole cuenta de un horrible bagufo que ha causado daños enormes.

El bagufo fué de primera, pero la carta no es de segunda.

¡Ahí va un botón de muestra. «Afortunadamente no ha habido mayores desgracias personales, porque el terrible bagufo ocurrió desde las once de la mañana á las seis de la tarde; esto es, siete horas de incesante lluvia y viento, un innaguantable frío y sin más albergue que la intemperie, desde donde le dirijo esta y cuyo mojado suelo nos sirve de lecho.»

Una carta dirigida desde la intemperie. Una intemperie con suelo mojado que sirve de lecho.

¡Lo que hace un bagufo!

Dicen de Petersburgo:

«La noticia de que los delegados rusos y japoneses no se reunirán en Washington hasta el mes de Agosto, se interpreta aquí como indicio seguro de que continuarán las hostilidades.»

No es extraño aunque sí una locura. Si Liniévitch lleva un pasocón en ese tiempo, cualquiera convenio al Japon de que debe suavizar las condiciones.

Lo verdaderamente raro en esta suposición de que las operaciones seguirán, es esto.

«Los reaccionarios se regocijan, mientras que los liberales manifiestan en alto voz su descontento, aumentado más aún por ciertas medidas adoptadas recientemente con objeto de asegurar mejor el orden para el porvenir.»

Ya quisieran asegurarlo de momento. Luego Dios sabe lo que ocurrirá. Entre Odessa, Varsovia, el «Potenkín», Oyama, Libau y Kuroki, puede armarse un lío.

Y no está la Magdalena para tafetanes.

El gobierno de San Petersburgo ha encomendado á un antiguo empleado en la policía, para que estudie en las naciones europeas las leyes de excepción.

Eso es un colmo. Donde toda la Siberia es presidio y una denuncia cualquiera obliga al infeliz denunciado á visitarla, haciendo el viaje á pie ¡qué más se va á buscar!

Reformas en la contribución TERRITORIAL

Aunque no es fácil saber la suerte que

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 1058

LOS BANDIDOS DE ORGERES 1057

—Qué sé yo! No habrá podido hacerle oír con este frío tan rigoroso y le habrá confiado á cualquier alma caritativa, ó tal vez obligada por la miseria, le habrá puesto en algún hospicio, donde iremos á reclamarle.

acababa de operarse en su enfermiza organización, determinase la fiebre y acaso el delirio.

Vasseur, aunque conmovido por la situación de la buena señora Bernard, no estaba del todo satisfecho respecto de aquella hija, recobrada de una manera tan milagrosa.

No se atrevía á manifestar sus sospechas en aquel momento de crisis, pero recogió el pequeño paquete de la mendiga y le abrió, esperando hallar en él algunos papeles que le ilustrasen acerca de la vida pasada y las relaciones de la Virolosa.

El paquete contenía unos miserables vestidos de niño, envueltos con minucioso cuidado como presiosas reliquias.

¿De dónde procedían aquellos vestidos, y cómo se hallaban en poder de Fancheta? El oficial de gendarmería juzgó á primera vista que podían ser robados, y mientras la señora Bernard iba y venía por la habitación, la preguntó si sospechaba su origen.

—Con tal vez los vestidos de su hijo,—respondió avergonzada la granjera.

—¿Con que tiene un hijo? Pero entonces, ¿dónde está?



Vasseur y la sirvienta contemplaban con respeto mezclado de compasión aquella escena conmovedora. Por fin, el militar se acercó á la señora Bernard y le dijo afectuosamente: —¿Es esta la hija que habíais perdido y que habeis llorado tanto tiempo?